

Prólogo

Mayo de 1884

*E*n su elegante camarote de primera clase del lujosísimo *SS Fortune*, que esa noche navegaba plácidamente por el profundo y oscuro océano Atlántico, estaba Adele Wilson, nerviosa e indecisa, mirándose en el espejo.

Se le había formado un duro nudo en el estómago. No entendía por qué. Todo estaba como debía estar. Su madre, en el camarote contiguo de la izquierda y su hermana Clara en el de la derecha. Acababa de tomar una deliciosa cena en la muy bien servida mesa del capitán y estaba a punto de desvestirse para acostarse y pasar un rato leyendo una novela considerada muy atrevida antes de apagar la lámpara y dormirse.

Se quitó un pendiente de perla y diamante y estuvo un momento observándolo brillar en la mano. Cerró los dedos sobre él y volvió a mirarse en el espejo.

Se sentía curiosamente desconectada del suelo que pisaba, como si estuviera flotando en el cuerpo de otra persona. Desde el espejo la contemplaba una absoluta desconocida, una elegante y sofisticada joven heredera ataviada con un vestido adornado con joyas diseñado por el modisto Worth de París, hecho con la seda más fina que puede comprar el dinero, que llevaba al cuello una gargantilla antigua de perlas y diamantes, a juego con los pendientes.

Desviando la vista del espejo, paseó la mirada por su entorno. De repente, hasta la habitación le pareció un error. «Un error»; no encontraba otra palabra para definirla. Paneles de caoba labrados recubrían las paredes, el cielo raso estaba pintado en dorado, con lujosas ornamentaciones alrededor de una pasmosa araña de cristal. Las sábanas de su muy mullida cama llevaban bordado el monograma del barco, y todos los accesorios, desde los pomos de las puertas a las lámparas y las cabezas de los tachones del mamparo, eran de bronce bruñido, pomposamente brillantes.

A veces tenía la impresión de estar viviendo la vida de otra persona. No había nacido con esa riqueza; ni siquiera sabía sentirse cómoda con ella. En ese momento se sentía como si no debiera tocar nada.

Exhaló un suspiro. Qué no daría en ese momento por ir cabalgando a pelo por el bosque, como acostumbraba a hacer cuando era niña, antes de que se trasladaran a la ciudad y se introdujeran en la alta sociedad. Ay, qué deseos de oler la tierra y las hojas húmedas caídas, y el verde musgo de la orilla del lago.

Hizo una honda inspiración, nostálgica, deseosa de recordar los olores, pero lo único que olió fue el caro perfume que llevaba. Soltó el aire, sintiéndose absurdamente desvalida.

Tenía que ser nerviosismo, pensó, caminando hasta la cama, quitándose el otro pendiente y dejando los dos sobre la mesilla de noche. Al día siguiente conocería a su futuro marido, lord Osulton, vizconde inglés. Sin duda los periodistas estarían ahí para recibir el barco y tomar fotos. Razón de más tenía para estar nerviosa esa noche.

Pero lo superaría.

Se quitó las peinetas que le sujetaban los largos y ondulados cabellos color miel y sacudió la cabeza para que le cayeran sueltos sobre los hombros. Se sintió mejor.

Se abrió la puerta que comunicaba con el camarote contiguo y asomó la cabeza su hermana Clara, que estaba casada con el apuesto marqués de Rawdon desde el año anterior, y que había dejado su casa de Londres hacía un mes para ir a Nueva York a visitar a su familia con su hijita.

—¿Todavía estás despierta?

—Sí, pasa —repuso Adele, mirándola.

Entró, todavía con su rutilante vestido de noche y su pelo color caoba recogido en un moño que le sentaba muy bien, y fue a sentarse en el sofá de cretona.

—Apenas tocaste la cena. ¿Te sientes mal?

—Estoy muy bien —repuso Adele, aunque sabía que no podía engañar a Clara, que siempre trataba de ver bajo la superficie de las cosas.

—¿Estás segura, Adele? ¿No te lo estarás pensando mejor, verdad? Porque no es demasiado tarde para que cambies de decisión.

—No tengo ninguna duda.

—Sería perfectamente normal que tuvieras dudas. Apenas lo conoces, Adele. Has estado con él muy pocas veces, casi siempre en aburridas reuniones, con nuestra madre echándote el aliento en el cuello. Has bailado con él solamente una vez, y esa fue la única ocasión en que estuvisteis a solas. Y cuánto duró ese baile, ¿tres o cuatro minutos?

Adele fue a sentarse al lado de su hermana.

—Sólo estoy un poco nerviosa, nada más. Pero sé en mi corazón que eso es lo correcto. Estoy segura. Es un buen hombre.

—Pero es que no has tenido oportunidad de saber de cierto que hay una verdadera conexión entre vosotros. Alguna forma de pasión. Tal vez deberías considerar la posibilidad de disfrutar de la temporada una vez más antes de casarte. Imagínate a quién podrías conocer. A un gallardo caballero blanco, tal vez.

Adele negó con la cabeza.

—No soy como tú, Clara. Tú y Sophia erais las aventureras, mientras que yo siempre he sido la sensata. ¿No es eso lo que decían madre y padre cada vez que os metíais en problemas?

Clara sonrió algo burlona.

—Me parece oír a nuestro padre. —Se puso un dedo bajo la nariz a modo de bigote—. ¿Es que no podríais pareceros un poco a vuestra hermana menor, vosotras dos? Gracias a Dios siempre podemos fiarnos de que Adele se comporte; la sensata y responsable Adele.

Adele sonrió, poniendo los ojos en blanco.

—Además, no quiero sufrir toda una temporada en Londres dando pie a rumores y elucubraciones acerca de mí, obligada a ponerme diamantes todas las noches y a coquetear en salones atestados de gente. Francamente, la sola idea me pone enferma. Prefiero

con mucho estar en el campo, al aire libre, respirando aire fresco, que es donde está en estos momentos mi futuro marido.

—Podrías disfrutar de las diversiones de una temporada —dijo Clara, con expresión algo frustrada.

Adele volvió a negar con la cabeza.

—No, no lo disfrutaría. Estoy contenta con mi decisión de casarme con lord Osulton. Es un caballero simpático y una muy buena pareja para mí. Por lo que sé, tampoco le gusta la ciudad. Prefiere su casa de campo.

—Pero ¿no te da miedo pensar en las extraordinarias aventuras que te has perdido?

Adele le apretó la mano.

—No busco la aventura, Clara. En realidad, detesto la idea de aventuras. Prefiero un plan bien pensado, sin nada inesperado. Además, creo que a veces los mejores matrimonios son los arreglados «sensatamente». El amor viene después, cuando ha tenido tiempo para madurar y convertirse en algo más sólido, basado en la admiración y el respeto, y no en la «pasión», como tú la llamas. La pasión, mi querida hermana, es imprevisible y suele quemar.

—La pasión es maravillosa, Adele.

—¿Sí? Es curioso, recuerdo cuando no la encontrabas tan maravillosa el año pasado, cuando creías que tu marido te iba a dejar. Te sentías muy desgraciada. No deseo sentirme desgraciada, Clara. Prefiero sentirme tranquila, en calma, sin ninguno de esos difíciles altibajos emocionales.

—Pero Seger me quería y me era fiel, y ahora somos muy felices. Lo que tenemos ahora ha valido cada minuto de sufrimiento, por atroz que fuera en ese momento. Hay cosas por las que vale la pena luchar, por desagradable que sea la lucha. ¿Estás segura de que no deseas postergar la boda y sufrir durante una sola temporada? Quizá descubrirías el romance más fabuloso de toda tu vida.

Adele suspiró y se levantó. Fue hasta el ropero y comenzó a desabotonarse el corpiño.

—Cualquiera diría que leyendo tanto como lees —continuó Clara— hubieras leído algo acerca del amor.

—He leído muchísimo sobre el amor —repuso Adele, dándole la espalda—, y jamás podría sentir afinidad con ninguna de esas heroínas bobas, enfermas de amor y metidas en sus torres, que se ena-

moran de caballeros blancos. No existen las torres ni los caballeros blancos en la vida real, Clara. Sólo hay hombres reales, y estoy muy contenta de haber encontrado uno muy simpático para mí. Además, me hace feliz complacer a nuestros padres. Tendrías que haber visto la cara que puso nuestra madre cuando le dije que había aceptado la proposición de lord Osulton. Nunca la había visto tan orgullosa.

—No puedes vivir tu vida para complacer a los demás, Adele. Debes pensar en ti y en tu futuro. Después de la boda nuestros padres se volverán a Nueva York, y te quedarás sola en Inglaterra, ya no serás una hija obediente sino una mujer casada. Tú eres la responsable de tu felicidad, y libre para elegir lo que deseas hacer con tu vida. Deberías casarte con quienquiera que desees casarte.

—Deseo casarme con lord Osulton. Con Harold —añadió, pensando que tal vez debería llamarlo por su nombre de pila y tutearlo, puesto que ya estaban comprometidos oficialmente.

Clara le sonrió cariñosa.

—Sin duda harás lo que deseas, ¿verdad?

—Mientras sea lo correcto. He elegido mi camino y hecho un compromiso. No me desviaré de él.

Clara alzó una ceja delicadamente arqueada, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Supongo que no hay manera de discutir contigo. Siempre has estado resuelta a hacer lo correcto, aun cuando con Sophia tratábamos de convencerte de hacer otra cosa. Te has perdido bastantes diversiones, ¿sabes?

Adele la miró con la cabeza ladeada.

—También me he perdido un buen número de horas de pie castigada en el rincón.

—La aventura tiene su precio —dijo Clara encogiéndose de hombros.

En eso entró la doncella de Adele a preparar la cama.

Clara abrió la puerta que daba a su camarote.

—Vamos a atracar en algún momento durante la noche para recoger a unos pasajeros, y a partir de ahí no tardaremos mucho en llegar a Liverpool. Estaremos allí al amanecer. A mí me parece que estás segura.

—Lo estoy.

—Entonces me quedo satisfecha. Tengo que irme para ver si Annie está bien y sigue durmiendo. Hasta mañana.

Y dicho eso salió y cerró la puerta.

Adele le sonrió a su doncella y cogió su camisón.

Teatro Savoy, Londres

Poco después de las 04.00 horas de esa misma noche

Era bien sabido entre ciertos círculos londinenses que a Frances Fairbanks, célebre actriz, aclamada por algunos como una de las mujeres más hermosas, le gustaba muchísimo estar tumbada desnuda, en especial sobre la mullida alfombra de piel de oso que cubría el suelo de su camerino, cuando esta olía a sexo, vino y perfume francés, mirando a un amante.

Mejor dicho, a un amante en particular, Damien Renshaw, barón Alcester.

Él era con mucho el hombre más fascinante que Frances había conocido en toda su vida: alto, apuesto, moreno, hombros anchos y musculosos y un semblante que podría haber sido cincelado por un artista. Era fuerte, bravo e imprevisible, y por si eso fuera poco, era el más hábil e intuitivo de los amantes; sabía moverse exactamente de la manera que le procuraba las experiencias sexuales más intensas que había conocido.

Y además, hacía el amor con una ternura inmensa.

Frances se desperezó como una gata, se dio media vuelta para quedar boca abajo y apoyó los codos en la alfombra. Balanceando las piernas de abajo arriba y de arriba abajo, observó a Damien ir a sentarse en el sofá con los botones muy hundidos del lado de la puerta y ponerse una bota.

Él levantó brevemente la vista, con esos ojos oscuros que normalmente prometían placer y seducción pero que en ese momento sólo revelaban impaciencia.

Tenía prisa por marcharse, comprendió Frances de repente, frunciendo el ceño; eso era muy impropio en él. Porque Damien Renshaw, el irresistible león negro, jamás tenía prisa para nada en el dormitorio.

Dejó de balancear los pies.

—Esta noche te dejaste la camisa puesta cuando me hiciste el amor —dijo.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para parecer segura de sí misma al decirlo. Eso no era algo que estuviera acostumbrada a hacer, es decir, lo de hacer un esfuerzo. Siempre estaba absolutamente segura de sí misma por lo que se refería a sus amantes. Eran ellos los que tenían que arrastrarse.

Tragó saliva, incómoda, e hizo otro esfuerzo, este para reanudar el balanceo de las piernas.

—No estarás enfadado por lo de la pulsera, ¿verdad?

Damien se estaba poniendo la otra bota y no levantó la vista.

—No, claro que no. Como has dicho, te enamoraste de ella.

Sí que se había enamorado, tanto que se la compró y ordenó que le enviaran la factura a Damien.

Se sentó sobre los talones y frunció los labios fingiendo un beso, con la esperanza de encenderle su natural galantería.

—Sólo fue una pequeña pulserita —ronroneó—. Pensé que no importaría demasiado.

Él se puso de pie, alto y hermoso como un dios griego a la luz parpadeante de las velas. Buscó su chaleco paseando la vista por el caótico desorden de la habitación. Lo vio sobre un montón de ropa tirada de cualquier manera en el suelo, encima de unas plumas púrpura y el vistoso vestido que usara ella en su actuación de esa noche.

Cogió el chaleco, se lo puso y se agachó para cogerle el mentón con una mano. Le sonrió y al instante destellaron sus ojos con el encanto que le aseguró a ella que seguía siendo la envidia de toda mujer de sangre caliente de Londres.

—La próxima vez —le dijo, con voz ronca y sensual pero al mismo tiempo autoritaria—, trata de resistir el impulso. Ya conoces mi situación.

Sí que conocía su situación. Todo el mundo la conocía. Lord Alcester estaba endeudado hasta el cuello, y se había visto obligado a alquilar su casa de Londres a una familia alemana e irse a residir con su excéntrico primo.

Pero eso no la preocupaba. No le interesaba Damien por su dinero. Había otros que le servían para esa finalidad. Los talentos de Damien residían en otras cosas.

Él le soltó el mentón, se enderezó y se puso la chaqueta.

—Mis disculpas por dejarme puesta la camisa.

—Estás distinto últimamente, Damien. Espero que no sea yo la causa.

—No la eres.

Le dio un beso de despedida y se marchó, dejándola ligeramente inquieta por ese inesperado cambio en él.

Todavía era de noche cuando a Adele la despertó un ruido sordo en su camarote. Entonces recordó que el barco iba a atracar en la costa oeste de Inglaterra para recoger a unos pasajeros. Se puso de espaldas, pensando cuánto tiempo estarían allí.

Miró el oscuro cielo raso, recordando la conversación que había tenido con su hermana esa noche. Clara le sugería que fuera temeraria por una vez en su vida. El tema no era nuevo. Habían tenido conversaciones similares innumerables veces, de niñas y luego de jovencitas. Clara y su hermana mayor, Sophia, siempre trataban de atraerla para que se les uniera en sus travesuras.

Con el dorso de la mano apoyado en la frente, se puso a recordar una tarde de verano, cuando eran pequeñas, justo después del traslado a Nueva York. Clara las reunió en el ático de la nueva casa y les dijo: «Si queremos crecer tenemos que tener una aventura. Y todo el mundo sabe que una aventura siempre debe comenzar huyendo de casa». A Sophia se le iluminaron los ojos, mientras que ella se horrorizó. Lógicamente se negó a huir, alegando que eso era una tontería, y amenazándolas con decirlo a sus padres.

Clara le dijo que si decía una sola palabra la colgarían atada por los tobillos, así que ella les prometió guardar el secreto. Y lo guardó, más o menos una hora. Después se chivó a su padre, que salió inmediatamente a la Quinta Avenida y al rato después volvió con las dos niñas y las envió a la cama sin cenar. A ella, en cambio, le dieron una porción extra del pastel de moras.

Clara y Sophia estuvieron casi una semana sin dirigirle la palabra, pero después la perdonaron, como siempre, diciéndole que su trabajo era vigilar que ellas no se metieran en dificultades, porque ella era la sensata.

Y ahora, ya mujeres, Clara seguía intentando convencerla de que se portara mal. Eso no cambiaría jamás, pensó sonriendo. Sería una anciana con bastón y anteojos, y Clara intentaría convencerla de que saliera a bailar bajo la lluvia. Volvió a sonreír y movió la cabeza.

Justo en ese instante oyó otro ruido, casi como si hubiera un monstruo debajo de la cama. El corazón le dio un vuelco de terror, pero sofocó la sensación, porque ya hacía muchos años que había dejado de creer que pudiera haber monstruos debajo de la cama.

De todas maneras apartó las mantas para bajarse a mirar. Acababa de tocar el suelo con los dedos de los pies cuando vio la figura oscura de un hombre delante de ella. La miró aterrada. Hizo una inspiración para gritar, pero antes que lo lograra, el hombre le cubrió la boca con un trapo mojado en una sustancia química de olor muy fuerte.

Con el corazón a punto de estallar de terror, se debatió con todas sus fuerzas y trató de gritar, pero no le salió la voz. Entonces se sintió débil y mareada y perdió toda la sensibilidad del cuerpo, hasta que renunció a la lucha y no recordó ni se enteró de nada más.

Primera parte
La aventura

.....Capítulo 1.....

Alguna parte del norte de Inglaterra

Tres días. Ya habían transcurrido tres largos días y en ese momento estaba comenzando a llover.

Adele se levantó de la funda rellena con paja que le servía de cama y se dirigió a la ventana por los crujientes tablones. Mirara en la dirección que mirara, lo único que veía siempre era una infinita extensión de ondulantes colinas rocosas cubiertas aquí y allá por hierba, y en esos momentos todo estaba bajo un enfadado cielo gris, por el que giraban nubarrones que amenazaban con una inminente tormenta. Gordos goterones comenzaron a golpear fuerte el cristal.

Estuviera donde estuviera, esa parte del mundo era árida y solitaria. No había visto ni a una sola persona, y ni siquiera a una solitaria cabra u oveja. No se veía ningún árbol hasta donde podía ver, y el viento soplaba constantemente; azotaba la casita de piedra situada en la loma de esa abandonada y triste colina, estremecía con sus ráfagas los paneles de la ventana y entraba silbando por la chimenea. La puerta del establo no dejaba de golpear, abriéndose y cerrándose todo el santo día. Eso, junto con el olor a moho y a humedad de esa habitación, bastaría para volver loca a cualquier persona.

Cerró fuertemente la mano en un puño. La habían sacado de su ruta introduciéndola en aguas traicioneras y deseaba estar de vuelta en su tranquila vida.

Todavía tenía una nueva vida por vivir. Ni siquiera sabía si Harold, o cualquier hombre, en todo caso, la desearía por esposa después de eso, porque no tenía idea de qué le había hecho su secuestrador. Lo único que sabía era que en algún momento la desvistió, porque cuando despertó llevaba un vestido raído de tela casera de otra persona; debajo, un refajo, una camisola y unas medias de color marfil, pero ni corsé ni zapatos. No sabía qué le había ocurrido a su camión de dormir, ni por qué tuvo que desvestirla. ¿Para ponerle esa ropa para que llamara menos la atención mientras la llevaba a esa casa, tal vez? Esperaba que ese fuera el motivo.

Hizo una respiración lenta y profunda, resuelta a mantener fría la cabeza. No podía entregarse al pánico ni descontrolarse. Eso no le haría ningún bien. Esos días lo había intentado todo para escapar de esa habitación; había golpeado, empujado y remecido la puerta; había gritado pidiendo auxilio, y empleado toda su fuerza para abrir la ventana; todo inútil. Lo único que le quedaba por hacer era esperar que ocurriera algo, algo que le permitiera actuar. O que alguien la encontrara. Seguro que su madre la andaba buscando, y la policía estaría investigando.

Justo en ese momento, oyó abrirse la puerta de la casa abajo y unos pasos pesados al entrar alguien. Los oía sonar a través del duro suelo. La puerta se cerró con un golpe. Se le aceleró el corazón. Tal vez esa sería la oportunidad que estaba esperando.

Fue a situarse en el centro de la habitación y se quedó ahí quieta, escuchando. Había más de una persona. Se oían voces.

Eso no era la rutina habitual. Siempre era una sola persona la que entraba en la casa a dejarle comida y agua. ¿Qué estaría ocurriendo?

De pronto se oyó una conmoción abajo. Pasos apresurados. Se volcó un mueble. O lo volcaron de una patada. ¿Había venido alguien a rescatarla? ¿Harold? Pero Harold jamás se enfrentaría solo a un secuestrador. ¿O sí?

¿Su padre? ¡Ay, si fuera él! Pero no, él estaba en casa en Estados Unidos. No vendría hasta el día de la boda. Tal vez fuera un policia. O un vecino que había descubierto lo que ocurría y venía a rescatarla.

Los pasos subieron por la escalera y se detuvieron justo detrás de su puerta. Todas las moléculas de su ser se paralizaron de miedo.

¿Qué ocurriría? ¿Venía alguien a hacerle daño? ¿A violarla? ¿A asesinarla?

Miró alrededor en busca de un arma, pero no había nada. Nada a excepción de una silla. La cogió y la levantó. Era pesada, pero se las arreglaría para golpear con ella si era necesario.

Oyó girar una llave en la cerradura, y pasado un instante se abrió la puerta. Entraron dos hombres. Uno tenía apoyada una pistola en la cabeza del otro, y parecía estar hirviendo de una muy controlada furia. Corpulento y sólido de pecho y brazos, llevaba un grueso abrigo negro que hacía juego con su pelo del mismo color. Adele le tuvo miedo al instante.

¿Ese era su secuestrador? Jamás le había visto a la luz del día; nunca se dejaba ver por ella. ¿Uno de esos hombres era su secuestrador? ¿El de aspecto peligroso con la pistola?

—¡Su nombre! —ladró él.

—Adele Wilson.

No se le ocurrió preguntarle para qué quería saberlo; en realidad no se le ocurrió preguntar nada. Lo único que pudo hacer fue contestar, porque estaba claro que él esperaba una respuesta.

En ese instante, el otro hombre, un individuo bajo, regordete, con dientes negros e incipiente calvicie, se giró bruscamente, le arrebató la pistola al otro y se abalanzó sobre ella, cogiéndola con un brazo por la cintura. Le puso el frío cañón de acero en la sien. Ella dejó caer la silla, sintiendo discurrir el miedo por todo el cuerpo. Jamás en su vida le había apuntado nadie con una pistola.

—¡Ahora el rescate! —gritó el hombre, revelando desesperación con su voz insegura.

Por primera vez, Adele miró fijamente al otro hombre, el moreno, el peligroso, y comprendió que él era su salvador.

Él levantó las manos en un gesto que les ordenaba a ella y al secuestrador que conservaran la calma. En sus ojos brillaba una feroz advertencia, que les decía que no tenían más remedio que obedecer.

Adele le calculó algo menos de treinta años. Sus ojos oscuros y profundos y el pelo negro revuelto por el viento le daba la apariencia de un demonio o algo peor. Masculino hasta la médula, duro en apariencia y ferozmente autoritario, de un modo primitivo innato, parecía tan fuerte como las rocosas colinas que rodeaban esa casa. Daba la impresión de que llevaba tres días viajando sin parar y no

se había tomado el tiempo para afeitarse, bañarse, ni dormir porque estaba empeñado en llegar a esa casa. En busca de ella.

¿Quién era? ¿Qué intenciones tenía?

Se le estremeció el cuerpo de miedo e incertidumbre.

—Hazle daño y eres hombre muerto —dijo él, avanzando un paso.

Por la calidad de su voz y su pronunciación, Adele coligió que era de buena cuna. Eso la sorprendió. No tenía el aspecto de un educado caballero inglés, al menos no del tipo de caballero inglés que se había imaginado en su limitada vida en Nueva York. Ese hombre era agresividad pura y desatada.

—Así que coge el dinero ahora y echa a correr —continuó él—. Te lo recomiendo.

Adele sintió más fuerte la presión del brazo del hombre en su cintura. Hizo una temblorosa inspiración.

—Usted no me dejará —dijo el hombre con voz trémula.

Su salvador se hizo a un lado dejando libre el camino hacia la puerta.

—Te dejaré marcharte cuando hayas soltado a la mujer. Si no, te aseguro que perderé la paciencia.

Adele notó que el hombre hacía una profunda inspiración para serenarse.

Estaba aterrado.

No era de extrañar.

—No le creo —dijo el hombre, presionando con más fuerza la pistola sobre la sien de ella.

Adele sintió enroscarse un miedo helado y paralizador alrededor del corazón. Ese hombre sencillamente no se iba a marchar dejándolos ahí. ¿Para qué iba a correr el riesgo de que lo siguieran cuando él tenía la pistola y podía matarlos a los dos y escapar?

Por la sombría y calculadora expresión que vio en los ojos de su salvador, comprendió que él estaba pensando lo mismo.

Antes que él pudiera idear y considerar un plan de acción, actuó el instinto de conservación de ella. No podía permitir que ese hombre le disparara. Se dejó caer al suelo y le enterró los dientes en el muslo. El hombre gritó de dolor.

Entonces su salvador se abalanzó gritando, cogió al hombre y lo llevó con él hasta la pared y allí lo golpeó con fuerza. Lucharon unos

cuantos segundos, los dos gruñendo y tratando de hacerse con la pistola, mientras Adele caía de espaldas al suelo.

Pensó en salir corriendo, pero en lugar de hacerlo, un instinto de lucha que ni siquiera sabía que poseía superó su miedo. Corrió hacia el par de hombres y le saltó a la espalda al bajo, al secuestrador.

Él se giró con la pistola en la mano y la aplastó contra la pared. Sintiendo que se ahogaba, Adele se soltó de la regordeta figura y cayó al suelo, aterrizando de rodillas. El hombre se apartó unos pasos, se giró y le apuntó la pistola directamente al corazón.

A ella se le aceleró el corazón al ver el arma. Levantó las manos como para parar la bala, aunque sabía que eso era inútil, y cerró los ojos. Mientras tanto la lluvia caía a torrentes sobre el techo y el viento hacía temblar las vigas.

—¡Maldito! —gritó su salvador, agarrándole el brazo en el instante en que disparaba.

El ruido fue ensordecedor, y el dolor atroz. Adele se quedó sentada sobre los talones, cogiéndose el muslo con las dos manos y doblada hacia delante.

Los dos hombres rodaron por el suelo hasta que el que había venido a rescatarla cogió la pistola y golpeó al otro en la cabeza. El cuerpo del hombre quedó inmóvil, mientras una ominosa serie de truenos rugía en la distancia.

Con la pierna dolorida cogida con las dos manos, Adele, miró muda a los dos hombres.

Su salvador levantó la vista.

—Está herida.

—Sí —resolló ella.

Él gateó hacia ella. Sin vacilar un segundo le levantó el vestido para dejarle al descubierto toda la pierna, de abajo arriba.

Adele apoyó las manos atrás, tratando de disimular, dadas las circunstancias, el repentino y ridículo sentimiento de pudor que le invadió. Le habían disparado. Él, fuera quien fuera, necesitaba verle la herida.

Se miró la pierna. La media color marfil tenía una mancha roja justo encima de la rodilla, en la parte interior del muslo. Toda esa parte le quemaba como nada que hubiera experimentado antes. Era como si alguien la estuviera marcando con un atizador caliente al rojo.

Apretando los dientes para no gritar de dolor, le vio brevemente la cara a su salvador mientras le examinaba la herida. Tenía unas facciones impresionantes, ese tipo de facciones que atraen la atención, la coge con unas tenazas y no la suelta.

Él le rodeó suavemente la pantorrilla con su enorme mano y le separó la pierna de la otra para mirar mejor la herida. Se le tensaron los músculos; tuvo que combatir el impulso de juntar las piernas. Eso era demasiado íntimo.

—Debo quitarle la media para ver mejor la herida —dijo él—. ¿Me da su permiso?

—Por supuesto.

La respuesta le salió instintiva, pero tan pronto como la dijo, y tuvo tiempo para pensarlo, sintió volver su pudor. Él era un hombre después de todo, un hombre apuesto y temible, y le iba a quitar la media.

Hizo a un lado esa tonta idea, porque no era el momento de preocuparse por el decoro. Al mismo tiempo empezaron a zumbarle los sentidos, como si los fueran atravesando brillantes y crujientes corrientes eléctricas. Cerró los ojos y trató de concentrarse en sopor-tar el dolor.

Notó que él movía las manos con mucha suavidad para enrollarle la media; apenas le tocaba la piel, sus movimientos rápidos, ligeros como la seda. Le cogió el tobillo con sumo cuidado y lo levantó para pasar la media, como si estuviera sosteniendo algo muy precioso. Ella retuvo el aliento todo ese tiempo.

—Esto debe doler —dijo él.

Dolía. Le dolía toda la pierna, y la sensación de palpitación de ese dolor sordo le reverberaba hasta los hombros.

Abrió los ojos y volvió a contemplarle la cara. Tenía fruncidas de preocupación sus oscuras cejas, mientras le examinaba la herida. Deslizó la mano por su muslo desnudo, palpando alrededor de la herida.

Adele estuvo a punto de soltar una exclamación de dolor y sobresalto, pero la reprimió.

Él se inclinó para mirar la herida más de cerca. Ella jamás había tenido la cara de un hombre tan cerca del interior del muslo; de su muslo desnudo. Sintió su cálido aliento en la piel. Mil criaturas aladas le revolotearon violentamente en el estómago, acelerándole el corazón.

—Es sólo un rasguño, gracias a Dios, pero aún sigue sangrando —dijo él, sentándose sobre los talones—. Lo vendaremos y vivirá. Acto seguido se levantó y miró a su alrededor.

Al mirarlo hacia arriba, tan alto y serio, Adele tuvo que combatir el azoramiento y el temor que casi le impedía hablar. Jamás había permitido que un hombre que no fuera médico la tocara tan íntimamente.

—¿Puedo preguntarle quién es? ¿Cómo me encontró?

Él consideró la pregunta un momento, luego se acuclilló para que su cara quedara al mismo nivel que la de ella, y la miró a los ojos.

—Perdone, señorita Wilson. Debería haberme identificado.

De pronto pareció transformarse en un verdadero caballero, al menos sus palabras eran caballerosas. Su apariencia era otra historia totalmente diferente. Iba sin afeitarse, despeinado, y se veía salvaje y tosco. Su abrigo negro de lana estaba raído, polvoriento y desgastado, como si hubiera caído rodando por una montaña con él puesto. Todo parecía ser impetuosidad en él, y eso la hacía retener el aliento y tener miedo.

De ninguna manera se iba a poder relajar. Y menos aún mirando esos brillantes ojos oscuros.

—Soy el barón Alcester —dijo él—. Damien Renshaw es mi apellido. Soy primo de Harold.

Primo de Harold. Buen Dios, había oído hablar de él. Su hermana Sophia lo conocía y decía que era absolutamente lo opuesto de Harold. Era irresponsable con el dinero y su madre había sido una escandalosa adúltera. Según decían, él seguía sus pasos y llevaba una vida despreocupada y libertina con una serie de amantes de dudosa reputación. La actual era una actriz famosa y bella.

—El capitán del barco informó a Harold de su secuestro —explicó lord Alcester—, ya que encontró una nota dirigida a él pidiendo un rescate. Harold me informó a mí, con lo que el capitán fue liberado de su deber y se consideró que yo debía ocuparme de las cosas.

¿Se consideró? ¿Quién?

—Le aseguré a Harold que la llevaría a casa con la máxima discreción —continuó lord Alcester—. Viajaremos con nombres falsos y nos encontraremos con su madre y su hermana dentro de dos días en un pequeño pueblo que queda en el camino entre este lugar y

la casa señorial de los Osulton, Osulton Manor. Entonces ella la acompañará el resto del viaje como si no hubiera ocurrido nada.

Adele estaba horrorizada. ¿Iba a viajar sola con ese hombre? Sin dejar de esforzarse por soportar y desentenderse del atroz dolor en el muslo, trató de ordenar sus pensamientos para entender la situación.

—¿Nadie sabe lo de mi secuestro?

—Aparte del capitán del barco, que ha prometido guardar el secreto, no lo sabe nadie fuera de su familia y la madre y la hermana de Harold. Le sugerí que no se lo dijera, pero cuando contactó conmigo ya las había informado. Entonces se les aconsejó que lo mantuvieran en secreto.

—Para evitar el escándalo.

—Sí.

Adele miró inquieta a su salvador, un libertino de primera clase, y luego al hombre inconsciente que estaba en el suelo al lado de ellos, que sólo Dios sabía lo que le había hecho cuando ella estaba inconsciente. Tragó saliva para pasar el desagradable nudo de repugnancia que se le formó en la garganta.

Lord Alcester le siguió la mirada y caminó hasta el secuestrador, haciendo crujir los tablones irregulares del suelo con sus pesados pasos. Era un hombre corpulento y musculoso, pensó ella; no le gustaría nada estar en la desafortunada posición de ser considerada su enemiga.

Él se arrodilló y puso dos dedos en la garganta del secuestrador. Continuó así un buen rato, inmóvil y callado. El viento aullaba como un animal al pasar por la chimenea de piedra; las ráfagas de aire agitaban las telarañas que colgaban por los bordes del hogar.

Cuando por fin habló lord Alcester, su voz sonó grave y suave:

—Está muerto.

Adele volvió a tragar saliva. Vio subir y bajar los hombros de lord Alcester al hacer una respiración profunda. Lo vio pellizcarse el puente de la nariz, como si de pronto se le hubiera instalado un dolor de cabeza.

—¿Se siente mal? —le preguntó.

Se sintió rara al hacer esa pregunta. No lograba imaginarse a ese hombre alguna vez perdiendo el control.

Él la miró a los ojos y al instante le volvió el color y se incorporó.